

El sultan ha depuesto al príncipe Milan.

En los círculos políticos se cree que la Puerta está al pedir un armisticio general.

Un telegrama de Rusia informa que el señor Depretis ha logrado formar un gabinete.

La escuadra británica ha salido de la bahía de Besika para el golfo de Vousiu, cerca de Esmirna.

Telegrafian que los sérvios fueron rechazados en un encuentro habido en Novi-Bazar.

Los hielos flotantes se han llevado el puente sobre el Danubio en Nicópolis, y amenazan al de Sistova.

Se anuncia oficialmente que el gobierno británico consiente, de parte de Turquía, en tratar las bases de paz con Rusia.

En San Petersburgo reina profunda agitación, y se aguarda con confianza la decisión del zar de no entrar en tratados de otra manera que directamente con la Puerta.

El gobierno ruso está movilizando doscientos cincuenta mil hombres en las provincias del Báltico.

El príncipe de Bismarck está tomando una activa participación en el presente crítico estado de la guerra de Oriente, y está recuperando su antiguo predominio.

Escribe el corresponsal del *Guardian* de Manchester en Londres: "Aquí no se piensa en la adquisición del Egipto, lo cual implicaría el abandono de la política que se opone á la particion de Turquía. Créase que en el caso de que Rusia rechace la mediación, lord Beaconsfield está resuelto á apelar al país sobre la cuestion de declarar la guerra para defender los intereses británicos."

El vapor *Huntsville*, de Savannah para Nueva York, se quemó en el mar. No hubo pérdida de vidas.

Fuertes nevadas y terribles escarchas han interrumpido por ahora las operaciones de la guerra: las tropas han padecido mucho.

A Osman Bajá se le va á formar consejo de guerra por haber permitido el asesinato de soldados rusos tomados en combate. En Plevna no se encontró ningun prisionero ruso: supónese que todos ellos fueron fusilados.

Erzerun está sitiada y Sofía á punto de serlo.

El pueblo inglés está muy agitado con motivo de los sucesos de Oriente. Los obreros de Londres celebraron *meetings* en

la plaza de Trafalgar, para abogar por los turcos los unos y por los rusos los otros. Los dos bandos entraron en conflicto, y el resultado fué una pelea general.

Parece que está completamente restablecida la tranquilidad en Francia.

Ha muerto el general Palladines.

Bismarck mantiene todavía su ascendiente en Berlin, y ha logrado que destituyan á enemigos suyos que ocupaban altos puestos en la corte.

El vapor *Friestadt*, de Java para Rotterdam, se fué á pique en la bahía de Vizcaya, con su tripulacion de 50 hombres.

PESEBRES.

TODAS las cosas tienen el sello de su época: la poesía, el arte, las costumbres.

Cuando yo, como dicen las viejas, *estaba en mis tiempos*, el diciembre era la mejor época del año. Las familias que tenían comodidad tomaban el camino de los pueblos más pintorescos y hospitalarios; en donde las esperaban los rosarios de Navidad, los pascos al río, las comidas campestres, las trillas y la dulce libertad del campo. Para los que nos quedábamos en Bogotá, era otra cosa: los pascos á la Agua Nueva y la Alameda, las serenatas, las misas de aguinaldo y los pesebres.

Hay que confesar que si los jóvenes veían llegar el diciembre con alegría, las muchachas lo esperábamos con impaciencia.

¿Quién no goza al hacer la tunita de tafetan rosado que ha de ponerse al Niño Dios? ¿al arremangar con una flor el ala de la *corrosquita* de la Virgen, ó al formar el ramo de azucenas para el santo Patriarca? ¿Quién no se enternece al sentir el aroma del incienso que huele á Cielo, ó el del laurel que trasciende á felicidad; ó al ver las pajitas tan suaves como la seda y tan brillantes como la plata? ¿Qué corazón no se enternece de amor y de alegría, al repetir el dulce y sentido estribillo de la novena del Aguinaldo

"Ven á nuestras almas,

"Ven, no tardes tanto?"

Entremos á la sala del pesebre. Las niñas de la casa con la ayuda de su madre y sus amigas, han apurado todos los recursos de su ingenio, y conseguido formar con laurel y musgo un monte, en cuya cima han

colocado el pesebre. Las santas imágenes, obra de un escultor quiteño, inspiran devoción y amor; y una multitud de ángeles, con sus alas de plata ó de blanquísimo algodón, las rodean.

El laurel se levanta orgulloso hasta las vigas del techo; y sostiene en sus ramas, ahora una pastora, que amenaza caer sobre una casa puesta á sus piés, y que podría caer en la palma de su mano; ahora un inmenso raton, que parece huir á la vista de un gato del tamaño de una cereza. Los santos Reyes se acercan á la gruta, mas tienen que detener el paso, porque se les ha adelantado un Obispo que lleva el Santo Viático. ¡Qué riqueza y buen gusto el de los ornamentos y la vara de palio! Paquita debe estar orgullosa de su obra.

Pero es necesario verlo todo. No nos salgamos sin reparar en los cerros formados con cáscaras de huevo; en los torrentes y lagos, que el espejo imita tan bien; en las manadas de ovejas, hechas de algodón; en la multitud de coracoles, conchas, gatos, perros, gallos, burros, bueyes, pastores, beatas, militares, indios, palacios, casas, iglesias y quintas. . . .

Es preciso ver la casa de la Legacion francesa que ostenta su pabellon esmaltado de flores de lis y en cuyo balcon están asomados el Ministro y su esposa: veámos tambien esa sala de baile, en donde las señoras lucen trajes de punto y peinones de conchitas; y esa tienda en donde se venden sombreros, pailas, chocolate, velas, alpargatas, camisas y muñecas; todo más grande que la ventera. No nos alejemos sin mirar despacio la grande y brillante estrella, que colgada de un hilo demasiado fino, es una constante amenaza de destruccion; ni sin ver ese diablo (parte integrante del pesebre santafereño) el cual, con sus ojos colorados y su vestido verde, infunde miedo á los niños y hace reir á los grandes.

Pero al fin ha concluido la novena, y hemos apagado las luces, que las niñas colocaron en candeleros de greda, los que á su parecer exceden en belleza á los caballos raquireños de orejas de burro y cara de pájaro en los cuales cabalgan orgullosamente los Magos.

Al fin estamos en la sala, y se apodera de nosotros el deseo de bailar; deseo que no ha impedido que recemos con devocion; pues si somos entusiastas por el baile, tambien somos fervorosos para orar.

La señora de la casa toca en la guitarra el galopin, el paso doble y el cucuteño; y luego bailamos una contradanza en la que se lucen mejor nuestros trajes de muslina y nuestros zapatos de seda.

Luego pasamos al comedor. El refresco nada deja que desear. Los mantecados, los biscochuelos palacinos y de canela, las empanadas; los deliciosos buñuelos, adornados con flores de borraja; las botellas de horchata, aloja y agua de mora, tapadas con aromáticos y lindos clavetes, que los jóvenes se disputan; los muñecos de alfeñique de la esquina de la Candelaria, y los exquisitos bocadillos de Vélez. ¿Quién al ver tanto primor no siente desco de participar del banquete?

A las diez volvemos á casa sin remordimientos ni inquietud, pensando solo en la felicidad de volver al día siguiente.

Pero han pasado aquellos tiempos y me convidan ahora á una novena de Aguinaldo.

Mis sobrinas lucen esta noche lujosos trajes de seda, de tan complicados adornos que apenas puede distinguirse la exquisita tela de que fueron hechos; y yo me veo obligada á ponerme un caliente y pesado traje de lana.

Llegamos á la casa del convite. ¡Cuánta riqueza y qué buen gusto! Las doradas jaulas de los canarios; los canastillos de flores; los ramilletes de olorosas violetas; los espejos de cuerpo entero; las mil lámparas; los ricos trajes de las señoras; el fuego de los cigarros que fuman las personas de edad, y el de los cigarrillos que encienden los jóvenes y las señoritas; todo. . . todo. . . deslumbra las miradas.

Mas llega la hora de rezar. La picesita del pesebre está apenas alumbrada con algunas espermas; y la santa imagen del Niño Jesus, acostada sobre unas pocas ramas de chite.

Allí no vienen á sorprendernos los dulces recuerdos de la infancia; no hay ni pajitas de plata ni laurel; ni ángeles ni cascadas; ni Reyes ni pastores; ni incienso, ni devocion ni poesia. En cambio de todo esto se queman en abundancia triquitraques, rodachinas y voladores de luces; se toma vino y brandy, (sin el cual, desde que la luz de la civilizacion penetró hasta nosotros, no hay alegría), se baila al compas de un sonoro piano; se cantan fragmentos de ópera; y no acaba el ruido de la fiesta hasta que alum-

bra el día, ó concluye por una molestia ocasionada por el ficticio buen humor.

Pero pasan todavía más días, más meses, más años; estamos en diciembre de 1876.

Cierto día voy á visitar á una amiga, y ella me convida á ver su pesebre.

Como buena santafereña, no ha querido renunciar á tan dulce costumbre.

Pero el pesebre de 1876 nada tiene de comun con el alegre y poético pesebre de 1840, ó con el frío é irrespetuoso pretexto de diversion de 1862. Todas las cosas tienen el sello de su época, mas en, todas las épocas se encuentran anacronismos.

El pesebre de que voy hablando está formado de laurel, y no tiene que lamentar la falta de las simbólicas pajitas. Detras de la gruta en que el Santo Niño ha querido nacer, se levantan dos montes que coronan dos iglesitas de carton; en uno de aquellos cerros se ven algunos soldados de chaqueta azul, tan grandes como la iglesia y que han clavado en la parte más alta una bandera azul y blanca; el camino que conduce á la cumbre lleva tambien al pesebre, por lo que los Magos han tenido que detenerse para dejar pasar á diminutos soldados de chaqueta colorada, que suben llevando á vanguardia cañones inmensos, sin que baste á impedirselo lo empinado y áspero del camino; una Hermana de la caridad sigue al ejército, llevando su canastillo de hilas; y completa el cuadro un Agente de policía, que entrega al Rey Melchor la boleta del empréstito forzoso; de modo que el pesebre de 1876, se parece más á una ciudad sitiada que á la humilde y tranquila gruta de Belen.

HERMINIA.